



**HAL**  
open science

## Se trata del género: Una revisión crítica de la literatura sobre la división del trabajo doméstico

Marta Dominguez-Folgueras

► **To cite this version:**

Marta Dominguez-Folgueras. Se trata del género: Una revisión crítica de la literatura sobre la división del trabajo doméstico. 2023. hal-03954593

**HAL Id: hal-03954593**

**<https://hal.science/hal-03954593>**

Submitted on 6 Mar 2023

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## Se trata del género: Una revisión crítica de la literatura sobre la división doméstica del trabajo

Traducción de la versión pre-print del artículo de Domínguez-Folgueras, Marta (2022). It's about gender: A critical review of the literature on the domestic division of work. *Journal of Family Theory & Review*, 14(1), 79-96.

### Resumen

Los estudiosos de la familia han utilizado varios enfoques para explicar la división del trabajo doméstico: intercambio económico, disponibilidad de tiempo y el género. A menudo se presentan como perspectivas analíticamente diferentes y contrapuestas, aunque hay consenso en la literatura que todas ellas contribuyen a explicar la división del trabajo. Este artículo presenta un análisis crítico de la literatura que intenta avanzar la investigación de tres maneras: en primer lugar, destacando que estos enfoques son empírica y analíticamente interdependientes, por lo que no deberían estudiarse por separado. En segundo lugar, argumentando que uno de ellos -la perspectiva de género- tiene prioridad analítica. El argumento subyacente es que tanto los factores económicos como la disponibilidad de tiempo no son neutrales desde el punto de vista del género y, por tanto, pueden tenerse en cuenta mediante una perspectiva de género. Por último, el artículo ilustra cómo el uso de un enfoque integrador de género -el enfoque de género como estructura social de Risman- puede ser más fructífero para analizar la división sexual del trabajo.

### PALABRAS CLAVE

Trabajo doméstico, género

### Introducción

La división doméstica del trabajo se describe a menudo como " desigual en términos de género " porque las mujeres realizan la mayor parte del trabajo doméstico y de cuidados. Aunque la división ha experimentado cambios significativos, hasta la fecha sigue existiendo un fuerte sesgo de género en todos los países industrializados (Altintas y Sullivan, 2017). La persistencia de las desigualdades en este ámbito es un campo bien estudiado por los especialistas en familia, y existe una rica literatura sobre el tema que abarca muchos países (véanse las revisiones de Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; Perry-Jenkins y Gerstel, 2020).

Los investigadores que trabajan con familias han utilizado varios enfoques teóricos para explicar la división del trabajo doméstico. Una aportación importante en la literatura ha venido de la perspectiva económica, según la cual la división del trabajo se basa en un intercambio económico entre los miembros de la pareja, intercambiando trabajo remunerado y no remunerado. Otros investigadores han analizado la disponibilidad de tiempo como un factor clave que puede ayudar a explicar la dedicación de un individuo a las tareas domésticas. Por último, la perspectiva de género también está presente en la literatura, sobre todo a través del análisis de las actitudes y los valores de género, y también con un enfoque centrado en las interacciones sociales, en lo que se suele denominar el enfoque de "hacer género" (*doing gender*).

Estos enfoques se presentan a menudo como perspectivas analíticamente diferentes y contrapuestas, aunque el consenso en la literatura parece ser que todas ellas contribuyen a explicar la división del trabajo (Davis & Wills, 2014) -y que explican relativamente poco. En este artículo, presentaré una valoración crítica de esta literatura que contribuye a la investigación existente de tres maneras: en primer lugar, desafiaré la presentación tradicional de estas perspectivas como enfoques analíticamente separados, destacando cómo en realidad son empírica y analíticamente interdependientes. En segundo lugar, propongo que una de ellas -la perspectiva de género- tenga precedencia analítica. El argumento subyacente es que tanto los factores económicos como la disponibilidad de tiempo no son neutrales desde el punto de vista del género y, por tanto, pueden explicarse utilizando una perspectiva de género. En tercer lugar, intento ilustrar cómo el uso de un enfoque integrador del género puede ser una forma más fructífera de analizar la división del trabajo en función del género y, al mismo tiempo, superar las deficiencias de los tres enfoques por separado. Este artículo contribuye a la literatura al presentar un marco unificador para el análisis del trabajo doméstico que puede incluir tanto los enfoques teóricos existentes como otros factores. La adopción de este enfoque teórico supondría un cambio significativo en la investigación sobre el trabajo doméstico.

La estructura de este artículo es la siguiente. En primer lugar, resumo brevemente los distintos enfoques que han contribuido a explicar la división del trabajo. Esta revisión no pretende ser exhaustiva, el objetivo es presentar las principales perspectivas de la literatura. En una segunda sección, describo por qué los recursos económicos y la disponibilidad de tiempo no son neutrales desde el punto de vista del género, y utilizo esto para subrayar la interrelación entre los tres enfoques. En una tercera sección, sugiero una forma de avanzar, presentando el enfoque de Barbara Risman como un marco teórico que permitiría la integración de otros factores, manteniendo al mismo tiempo la perspectiva de género como fundamental. La última sección resume las ventajas de este enfoque y analiza las posibilidades de investigación futura.

## **PRINCIPALES PERSPECTIVAS TEÓRICAS SOBRE LA DIVISIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO**

La desigual distribución del trabajo doméstico está constatada en la literatura, y existe una amplia investigación que trata de explicar las razones de esta asimetría y de su persistencia (para revisiones ver Coltrane, 2000; Lachance-Grzela & Bouchard, 2010; Perry-Jenkins & Gerstel, 2020). Existen diferentes enfoques teóricos que presentan interpretaciones y explicaciones contrastadas de esta desigualdad, y la mayor parte de la bibliografía se ha centrado en probarlos empíricamente y -en menor medida- en comparar su poder explicativo. Un supuesto común a todos los enfoques es la idea de que el trabajo doméstico constituye un tipo de trabajo que todos los miembros del hogar preferirían evitar porque es repetitivo y aburrido. Aunque no siempre es así, y a algunas personas les puede gustar realizar ciertas tareas domésticas, la mayoría de las tareas domésticas entrarían dentro de esta descripción.

El cuidado de los niños se ha incluido a menudo como parte de estas actividades; sin embargo, es importante tener en cuenta que la evidencia empírica disponible señala diferencias importantes entre el cuidado de los niños y otras tareas domésticas (Sullivan, 2013). Los padres consideran valiosas muchas actividades de cuidado de los hijos, más cercanas al ocio que al trabajo doméstico rutinario. Los padres disfrutan con el cuidado de los hijos (o al menos con parte de él) y no siempre lo perciben como una actividad que deba evitarse o repartirse entre los miembros de la pareja (Hallberg y Klevmarken, 2003; Sayer et al., 2004), aunque existen

importantes diferencias a este respecto en función del sexo (Connelly y Kimmel, 2015; Sevilla-Sanz et al., 2010). En su artículo de 1992, Ishii-Kuntz y Coltrane comprobaron los efectos mutuos del cuidado de los hijos y el trabajo doméstico, y encontraron una correlación positiva entre la participación de los hombres en el cuidado de los hijos y su participación en el trabajo doméstico, atribuyendo esta correlación al hecho de pasar más tiempo en casa, que llevaría a los hombres a asumir más responsabilidades (Ishii-Kuntz & Coltrane, 1992). La tendencia en la literatura ha sido separar el cuidado de los hijos y el trabajo doméstico, y en este artículo seguiré esta estrategia, aunque como ilustran Coltrane e Ishii-Kuntz, hay razones para pensar que ambos estén interrelacionados.

La literatura sobre la división del trabajo doméstico es multidisciplinar (Blair, 2013). Para presentar los diferentes enfoques encontrados en la literatura, seguiré la revisión más reciente de esta literatura, realizada por Perry-Jenkins y Gerstel (2020). Distinguen tres perspectivas principales sobre la distribución del trabajo doméstico: el intercambio económico (incluidos los recursos relativos y la dependencia económica), la disponibilidad de tiempo y el género. Se trata de una forma estándar de agrupar los distintos enfoques teóricos. A continuación, resumiré brevemente las principales características de estas perspectivas.

### **Intercambio económico**

El intercambio económico considera la división doméstica del trabajo como un proceso neutro desde el punto de vista del género que depende de factores económicos. La literatura ha utilizado dos conceptos diferentes para explicar la división en estos términos: recursos económicos y dependencia económica. Para los enfoques basados en los recursos, los ingresos o el potencial de ingresos es la principal variable que predice la división del trabajo doméstico, y en las sociedades contemporáneas, el potencial de ingresos depende del empleo y de los salarios.<sup>1</sup> En la primera formulación de la nueva economía doméstica de Becker (Becker, 1981), la especialización de las mujeres en las tareas domésticas se describía como el resultado de un cálculo racional realizado por el hogar como unidad y basado en la ventaja comparativa de los hombres en el mercado laboral. Era racional que las mujeres se especializaran en las tareas domésticas porque los hombres tenían una ventaja comparativa en el mercado laboral. Más adelante, este retrato de la división del trabajo dentro de la familia incorporó las ideas de negociación y acuerdo (Lundberg y Pollak, 1996), reconociendo que los miembros de la familia tenían sus preferencias individuales y necesitaban negociar entre ellos para alcanzar un equilibrio familiar. El poder de negociación individual depende de la contribución potencial al bienestar del hogar, que suele traducirse en ingresos. Así, las mujeres suelen realizar más tareas domésticas que los hombres porque tienen menos poder de negociación, debido a sus salarios más bajos.

En principio, a medida que los mercados laborales se hacen más igualitarios y las mujeres aumentan su posición económica en la sociedad, los modelos económicos prevén que la división del trabajo en el hogar se haga más igualitaria. Los estudiosos de la familia han encontrado pruebas empíricas a favor de este tipo de explicaciones: las parejas con dos ingresos muestran una distribución más igualitaria del trabajo doméstico (Aassve et al., 2014), y las mujeres con un

---

<sup>1</sup> En la literatura se han igualado los recursos económicos a los salarios o ingresos, así que usaré estos tres términos indistintamente en este artículo.

trabajo remunerado a tiempo completo realizan menos tareas domésticas que las mujeres que no trabajan o que trabajan menos horas (Gershuny, 2000). Los resultados han sido menos claros en el caso de los hombres, aunque los que trabajan menos horas parecen realizar más tareas domésticas (Bianchi et al., 2000; Coltrane, 2000; Lachance-Grzela & Bouchard, 2010; Perry-Jenkins & Gerstel, 2020).

Sin embargo, aunque explican parte de los resultados, los recursos económicos sólo explican una pequeña parte de la variación entre los hogares, y persisten algunas incertidumbres, por ejemplo, en cuanto a la forma de la relación entre los ingresos y el trabajo doméstico. Killewald y Gough (2010) han demostrado que la relación entre los ingresos y el trabajo no remunerado no es lineal y que algunas tareas domésticas podrían responder más a los ingresos que otras. Algunos investigadores también han señalado que son los recursos absolutos, y no los relativos, los que determinan la realización de las tareas domésticas por parte de las mujeres (Gupta, 2006, 2007). Independientemente de la forma de la relación entre los ingresos y el trabajo no remunerado, para este enfoque está claro que se espera del miembro de la pareja que no trabaja o cuyos ingresos son significativamente más bajos que realice más trabajo doméstico.

Algunos estudiosos ven la relación entre trabajo remunerado y no remunerado como una cuestión de dependencia más que como un intercambio de recursos: los miembros de la familia que no trabajan dependen de los que sí lo hacen, y éstos compensan la dependencia realizando trabajo doméstico (Brines, 1994). Cuando un miembro de la familia se queda en paro o deja de trabajar, se vuelve más dependiente de su pareja y, por tanto, desde esta perspectiva, susceptible de realizar más trabajo doméstico. Aunque la conceptualización del principal factor explicativo difiere, tanto el enfoque de la dependencia como el de los recursos arrojan hipótesis similares en cuanto a quién realizará más tareas: el miembro de la pareja con una posición más baja en el mercado laboral en términos de ingresos.

Estos enfoques de la distribución del trabajo doméstico toman los factores económicos como principal mecanismo explicativo y los presentan como neutros en términos de género: tanto los recursos económicos de los hombres como los de las mujeres determinan su cuota de trabajo doméstico. Dado que en la mayoría de los países los hombres tienen una posición más ventajosa en el mercado laboral, es de esperar que encontremos desigualdades en el trabajo doméstico, pero estas desigualdades sólo reflejan las posiciones desiguales de hombres y mujeres en el trabajo remunerado, que configuran sus recursos y su (in)dependencia.

### **Disponibilidad de tiempo**

Una segunda explicación de la división del trabajo doméstico se centra en el tiempo. Según este enfoque, los individuos realizarán más o menos trabajo doméstico en función del tiempo libre del que dispongan, entendido como el tiempo no dedicado al trabajo remunerado. Aunque este enfoque difiere del primero en el mecanismo analítico propuesto para explicar la asignación del trabajo doméstico, las hipótesis y predicciones que de él se derivan son muy similares, dado que existe una fuerte asociación entre el tiempo dedicado al trabajo remunerado y los recursos económicos relativos, a igualdad de condiciones.

Algunos de los resultados mencionados en la sección anterior pueden interpretarse también como pruebas a favor de la disponibilidad de tiempo. Por ejemplo, el hecho de que las parejas de doble ingreso muestren una distribución más igualitaria del trabajo doméstico (Aassve et al.,

2014), pero también que las mujeres que no trabajan o trabajan pocas horas contribuyan más a las tareas del hogar que las mujeres con un trabajo remunerado a tiempo completo (Gershuny, 2000) estaría en línea tanto con la disponibilidad de tiempo como con los enfoques de intercambio económico. Otra similitud es que la disponibilidad de tiempo suele caracterizarse como neutra desde el punto de vista del género: se espera que el tiempo de hombres y mujeres, o la falta del mismo, tenga efectos similares en la división del trabajo. Como explicaré más adelante, a la luz de la investigación existente, el supuesto de la neutralidad de género es problemático.

### **Valores e interacciones de género**

El tercer enfoque se centra en el género. Según Ferree (2010), la división del trabajo doméstico es, de hecho, uno de los temas en los que el género se ha incorporado más claramente en los estudios sobre la familia. Para esta perspectiva, la mayor carga de trabajo doméstico que soportan las mujeres se deriva de las identidades de género, los valores y las normas sociales existentes. La identidad de género se forma desde la infancia, a lo largo de un complejo proceso en el que intervienen muchas instituciones: a través de este proceso, los individuos ven y aprenden continuamente que se espera que las mujeres tengan mayores habilidades domésticas, y que el empleo remunerado es fundamental para los hombres. El género se introdujo en la literatura sobre la división del trabajo sobre todo en forma de teoría de los roles de género, pero éstos pronto fueron criticados por su resistencia al cambio y su naturaleza estática (Risman, 2004). En la actualidad, el principal enfoque mencionado en la bibliografía sobre el trabajo doméstico describe el género como algo integrado en las interacciones sociales y suele denominarse "hacer género" (West y Zimmerman, 1987). Esto significa que el género influye en el trabajo doméstico y de cuidados sobre todo a través de las interacciones de las parejas, aunque, por supuesto, la forma en que el género se hace -o se deshace- depende de las normas sociales, los procesos de socialización y el control social. Algunos estudiosos han destacado que, si el género se hace a través de estos procesos, también puede deshacerse, y han utilizado una perspectiva similar para analizar parejas con divisiones de trabajo igualitarias (Deutsch, 1999).

El enfoque de género a la perspectiva de las interacciones sociales ha proporcionado abundantes pruebas para ilustrar cómo se reproducen las divisiones de género del trabajo doméstico a través de las prácticas cotidianas, y sobre los procesos a través de los cuales las parejas establecen una división del trabajo. Por ejemplo, Hochschild y Machung (1989) describieron el papel de las emociones y el uso de estrategias de género para buscar o resistirse al cambio, y otros investigadores han añadido estrategias de género como el gatekeeping materno (Allen & Hawkins, 1999). Komter (1989) se centra en el ejercicio del poder -manifiesto, latente u oculto- dentro de las parejas, mostrando que el deseo de cambio de las mujeres se enfrentaba a menudo con el poder de sus maridos. El ejercicio del poder dentro de las parejas está condicionado por el género y también se ejerce de forma diferente en función del origen socioeconómico de las parejas (Komter, 1989; Miller y Carlson, 2015).

Los patrones de interacción de género que influyen en la división del trabajo doméstico también están integrados en otros aspectos de la vida de las parejas. Por ejemplo, Caplan y Schooler (2006) han demostrado que realizar tareas domésticas complejas puede repercutir en el bienestar: aumentaba la autoestima de las mujeres, pero disminuía la de los hombres. Los

patrones de comunicación en la pareja también se han relacionado con el desempeño de las tareas domésticas, ilustrando cómo mantener conversaciones explícitas sobre las tareas domésticas servía a los deseos de las mujeres de compartirlas de forma más igualitaria (Wiesmann et al., 2008).

Cabe mencionar que el enfoque de género difiere de los dos primeros en cuanto a los mecanismos analíticos propuestos para explicar las desigualdades en la división del trabajo, pero también en cuanto a las estrategias empíricas adoptadas para ponerlos a prueba. Dado que el enfoque de "hacer el género" se basa en el interaccionismo, suele recurrir a técnicas cualitativas, como las entrevistas o, con menor frecuencia, la observación etnográfica. Los enfoques del intercambio económico y de la disponibilidad de tiempo se basan sobre todo en análisis estadísticos de datos de encuestas. Debido a estas diferentes estrategias metodológicas, es casi imposible probar los tres enfoques al mismo tiempo. Sin embargo, se reconoce que los tres encierran parte de la verdad, o al menos contribuyen potencialmente a explicar la implicación en el ámbito doméstico (Davis y Wills, 2014; Perry-Jenkins y Gerstel, 2020). Por ejemplo, los investigadores que utilizan bases de datos cuantitativos suelen reconocer la importancia del género, aunque los datos de las encuestas no suelen permitir una prueba directa del mismo, por lo que en muchos casos los estudiosos atribuyen la varianza no explicada en los modelos estadísticos al género. Los estudios cuantitativos han incluido los valores y actitudes de género -cuando estaban disponibles-, pero como desarrollaré más adelante, los resultados no han sido muy claros, aunque algunas investigaciones han demostrado que las parejas con valores de género igualitarios comparten las tareas domésticas de forma más igualitaria (Lück & Hofäcker, 2003).

### **Enfoques críticos**

Aunque la mayor parte de la literatura reconoce estos enfoques teóricos históricos, algunos investigadores han formulado críticas constructivas hacia ellos, o han sugerido interpretaciones alternativas de la evidencia empírica recogida para probarlos. Geist y Ruppner (2018) destacan que los enfoques descritos anteriormente deberían ampliarse para aplicarse mejor a todas las familias, incluidas las que no se ajustan al modelo nuclear heterosexual. Entre otras cosas, sugieren, por ejemplo, ampliar el tipo de recursos que se utilizan para medir el poder de negociación. La diversidad familiar también ocupa un lugar central en la revisión de la literatura de Perry-Jenkins y Gerstel (2020), donde subrayan que la interseccionalidad no se tiene suficientemente en cuenta en los enfoques estándar.

Estas críticas también apuntan a las posibles interacciones entre los distintos enfoques, que siguen estando relativamente poco exploradas en la bibliografía. Un ejemplo de interacción es la conocida "hipótesis de neutralización de la desviación de género", que considera una interacción de factores económicos y normas de género. Brines (1994), trabajando con datos cuantitativos y modelos estadísticos, descubrió que, en Estados Unidos cuanto más dependían los hombres de sus esposas para el apoyo económico, menos tareas domésticas realizaban. Esta evidencia iba en contra de las expectativas de dependencia o intercambio económico, y Brines lo interpretó como una forma de hacer género, una "exhibición de género". Greenstein (2000) matizó la existencia de tal exhibición de género y afirmó que lo más probable es que este proceso implicara que los hombres trataran de neutralizar su desviación del papel de sostén de la familia. En su revisión de la literatura, Sullivan (2011) cuestionó la existencia de cualquiera de

los dos procesos -exhibición de género y neutralización de la desviación- en relación con las tareas domésticas, porque los análisis cuantitativos no han encontrado este efecto de forma consistente. Schneider (2011) reabrió este debate al encontrar una relación cuadrática<sup>2</sup> entre la parte de las mujeres en los ingresos del hogar y el tiempo dedicado a las tareas domésticas que es robusta a los recursos relativos, mientras que esta relación no se encuentra para los hombres. El debate académico en torno a estos procesos ilustra que existen interacciones potenciales entre los diferentes enfoques que merecerían más investigación.

Algunos estudiosos de la familia han aplicado una óptica diferente a las evidencias empíricas que se han producido en la literatura. Los enfoques ecológicos destacan el papel de los contextos sociales como clave para entender la división del trabajo, desde el más próximo al más amplio, reconociendo que el género es transversal a todos ellos (Brofenbrenner y Crouter, 1982; Perry-Jenkins et al., 2013). A su vez, Davis y Greenstein (2013, 2020) siguen el trabajo de Tichenor (2005) y sostienen que la investigación sobre la división del trabajo doméstico debe conectarse con el análisis del poder. Desde esta perspectiva, la división del trabajo en función del género puede interpretarse como una aproximación a las relaciones de poder de las parejas. Los hombres tienen más poder que las mujeres para evitar el trabajo doméstico, y el poder puede manifestarse de diferentes maneras. Según estos autores, las desigualdades de género no pueden disociarse de las relaciones de poder, y esta dimensión suele quedar oculta en los tres enfoques descritos anteriormente.

## **LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN ESTOS ENFOQUES**

Como ya se ha mencionado, la literatura tiende a presentar estos tres enfoques como complementarios, pero analíticamente distintos: se trata de explicaciones teóricamente diferentes, y cada una de ellas explicaría una parte de la división del trabajo. El género se reconoce como uno de los factores intervinientes, pero esto no significa que se considere el principal (Ferree, 2010). Esta sección pretende mostrar que esta presentación estándar no es realista y tiende a minimizar las complejidades del género, y que los tres enfoques tendrían que considerarse analíticamente interdependientes. La idea de que las tres explicaciones son independientes se basa en un fuerte supuesto, a saber, la idea de que los factores económicos y el uso del tiempo son neutrales desde el punto de vista del género, pero también se basa en una representación errónea o en una comprensión restrictiva de la perspectiva de género como algo limitado a "hacer género" o a "valores de género". Ambos puntos son problemáticos, y esta sección los abordará por separado.

### **El supuesto de la neutralidad de género**

La idea de que los factores económicos y el uso del tiempo son neutrales desde el punto de vista del género es difícil de sostener por dos razones. En primer lugar, porque la distribución del tiempo y de los recursos económicos en la sociedad está determinada por el género y, en segundo lugar, porque los efectos del tiempo y de los recursos económicos no son los mismos para hombres y mujeres, lo que apunta a una interacción entre el género y estos factores. A

---

<sup>2</sup> Una relación gráfica en forma de U, que en este caso describe una alta dedicación de las mujeres en las tareas domésticas cuando su parte en los ingresos del hogar es muy baja, una menor dedicación cuando los ingresos de ella y él están igualados, y una alta dedicación si ella gana mucho más que él.



continuación, trataré de desarrollar por qué los factores económicos y el uso del tiempo no son neutrales desde el punto de vista del género, así como las consecuencias que esto tiene para nuestra comprensión de la división del trabajo.

i. Los recursos económicos y la disponibilidad de tiempo no se distribuyen por igual, y su distribución está condicionada por el género. Existen numerosas pruebas estadísticas de ello: las desigualdades de género en el mercado laboral han sido ampliamente documentadas, y las organizaciones internacionales y los gobiernos están desarrollando políticas para abordar la brecha salarial de género. Esta brecha cristaliza diferentes dinámicas que se traducen en un acceso desigual a los recursos económicos. Las mujeres se enfrentan a un techo de cristal -y a suelos pegajosos (Acker, 1990)-, pero también a la segregación horizontal (Charles & Grusky, 2005), y la maternidad se asocia a una penalización salarial en muchos países (Grimshaw & Rubery, 2015). Por el contrario, los hombres ganan salarios más altos y, cuando se convierten en padres, en algunos países se ha descrito un premio por paternidad (Misra y Strader, 2013). En términos de tiempo, las mujeres trabajan menos horas que los hombres en muchos países, y la inactividad también es más frecuente entre las mujeres, aunque los niveles de inactividad femenina difieren mucho entre países (ILOSTAT, Organización Internacional del Trabajo, 2011). En conjunto, las mujeres trabajan menos horas y ganan salarios más bajos que los hombres.

Curiosamente, la desventaja de las mujeres en el mercado laboral, y su correspondiente ventaja en el tiempo disponible de trabajo remunerado, es endógena a la división del trabajo doméstico. La posición de las mujeres en el mercado laboral se debe a una compleja serie de factores, desde las trayectorias educativas hasta las opciones profesionales y la discriminación (Blau y Kahn, 2017). Investigaciones anteriores han ilustrado cómo el trabajo doméstico de las mujeres está asociado a todos estos factores. En cuanto a las opciones educativas, las chicas anticipan sus futuras obligaciones familiares cuando eligen sus campos de estudio, pensando en ocupaciones que serán compatibles con la vida familiar (Duru-Bellat, 2004). Las responsabilidades de cuidado también desempeñan un papel en las transiciones laborales de las mujeres, y los estudios sobre la penalización de la maternidad suelen considerar que algunas mujeres intercambian salarios por empleos más favorables a la familia (Blau y Kahn, 2017). El hecho de que las mujeres estén sobrerrepresentadas en el trabajo a tiempo parcial en muchos países también se ha relacionado con la necesidad de equilibrar trabajo y familia (Beham et al., 2019).

Los estudiosos de la familia también han analizado la interfaz trabajo-familia, mostrando que los hombres y las mujeres experimentan de manera diferente el conflicto potencial y los desbordamientos entre esferas. Las mujeres experimentan un mayor equilibrio si tienen más tiempo para la familia, y este no es el caso de los hombres (Keene y Quadagno, 2000; Martins et al., 2002). Los procesos intra-pareja también son importantes, ya que los miembros de la pareja no sólo toman decisiones basadas en sus propias preferencias e identidad, sino que también tienen en cuenta las expectativas de sus parejas (Maurer y Pleck, 2006). Así, aunque también se espera que las mujeres sean activas en el mercado laboral, las carreras de sus maridos podrían ser más importantes. Estas decisiones intra-pareja no siempre son explícitas y a menudo son el resultado de "acuerdos silenciosos" (Stone & Lovejoy, 2004; Wiesmann et al., 2008).

Las mujeres tienen en cuenta los cuidados y el trabajo doméstico en sus decisiones laborales y experimentan la interfaz trabajo-familia de forma diferente, pero también se ven penalizadas por su implicación en el trabajo doméstico. A menudo se habla de la discriminación como uno de los factores que contribuyen a la desventaja de las mujeres en el trabajo remunerado. Mientras que el "gusto por la discriminación" de los empresarios puede llevarlos a preferir

trabajadores de un sexo concreto sin motivo alguno, la discriminación estadística se refiere al hecho de que se espera que las mujeres se tomen tiempo libre o sean menos productivas cuando tienen hijos. Los permisos parentales son tomados mayoritariamente por mujeres (Leave Network, 2021), y también se asocian a una penalización en los salarios si son largos (Grimshaw & Rubery, 2015).

Por lo tanto, la posición de desventaja de las mujeres en el mercado laboral es un fenómeno social complejo, resultado de trayectorias educativas, orientaciones profesionales, elecciones de carrera y experiencias de discriminación profundamente marcadas por el género e inseparables de las mayores inversiones de las mujeres en el trabajo doméstico y de cuidados. Estas diferencias también se reflejan en experiencias diferenciales de la interfaz trabajo-familia según género. Los enfoques de intercambio económico suelen suponer que las mujeres realizan más trabajo doméstico porque tienen menos recursos, pero la relación es recíproca: las mujeres también tienen menos recursos -y más tiempo disponible- porque realizan, o prevén que realizarán, o porque sus empleadores esperan que realicen, más trabajo doméstico. Esto refleja el principio crucial del feminismo materialista (Delphy, 1988), que sitúa la división del trabajo doméstico en función del género como base para comprender las desigualdades de género subsiguientes.

ii. Los recursos y el tiempo están desigualmente distribuidos en la sociedad, pero la literatura muestra que su efecto también difiere según el género. La disponibilidad de tiempo influye en la cantidad de trabajo doméstico que se realiza, pero el tiempo de las mujeres parece ser más elástico que el de los hombres: cuando tienen algo de tiempo libre, las mujeres lo utilizan más para realizar tareas domésticas.

La investigación sobre el uso del tiempo y el desempleo ha demostrado que las mujeres y los hombres utilizan su tiempo disponible recién adquirido de manera diferente y que las mujeres invierten más de él en el trabajo doméstico que los hombres (Aguiar et al., 2013; Pailhé et al., 2019; Ström, 2002). Investigaciones recientes sobre los efectos de los confinamientos durante la pandemia de la Covid-19 también apuntan en esta dirección (Kaaber et al., 2021).

Los recursos económicos y la dependencia económica también tienen efectos diferentes en el reparto del trabajo doméstico en función del género. Aunque las mujeres con ingresos superiores a los de sus compañeros realizan menos trabajo doméstico que las mujeres con ingresos inferiores o las mujeres más dependientes económicamente de sus maridos, las mujeres siguen realizando más trabajo doméstico que los hombres con el mismo nivel de ingresos.

Así pues, parece que el potencial económico otorga más poder de negociación a los hombres que a las mujeres, como señala Tichenor (2005), y que el poder dentro de la pareja podría depender del género (Komter, 1989). Esto no es sorprendente si tenemos en cuenta que el trabajo remunerado es fundamental para las identidades masculinas (Connell, 1995; Maurer & Pleck, 2006) y para los hombres ser el principal proveedor de ingresos del hogar sigue siendo la norma en la mayoría de las parejas heterosexuales. Si un hombre gana mucho menos dinero que su mujer, esto puede hacerle perder poder en el hogar, sin embargo, si la mujer gana un salario inferior al de su marido, esto no se percibe necesariamente como desviado. A su vez, si ella gana más, esto no le confiere automáticamente poder para renegociar el reparto del trabajo. Para que algo confiera poder a uno de los miembros, es necesario que el otro lo reconozca como tal (Davis y Greenstein, 2020). Además de esto, otros tipos de capital pueden

ser importantes (Geist & Ruppner, 2018). La medida en que los recursos económicos confieren poder a un individuo depende del contexto y de las identidades sociales de los individuos implicados en la negociación.

La relación observada entre los recursos económicos relativos y la dedicación al trabajo doméstico también podría ser el resultado de dinámicas (de género) de formación de parejas que merecen ser analizadas. Por ejemplo, sabemos que los ingresos son un activo importante para los hombres en el mercado matrimonial (Kalmijn, 2011; Oppenheimer, 1988), pero no tienen necesariamente el mismo efecto en las mujeres. También cabe esperar que los hombres con valores de género tradicionales no se emparejen con mujeres que puedan ganar más que ellos, mientras que los hombres más igualitarios estarán dispuestos a hacerlo. Si éste fuera el caso, la relación entre los recursos relativos y el rendimiento en el trabajo doméstico se debería, al menos en parte, a las normas de género, y no sería una cuestión de negociación, sino más bien de pautas de formación de parejas heterosexuales, que son inseparables de las normas y los valores de género. Con los datos existentes, estos mecanismos son imposibles de probar, pero sus fundamentos teóricos siguen siendo poco explorados en la literatura.

En resumen, la distribución de los recursos económicos y de la disponibilidad de tiempo está condicionada por el género, y estos factores parecen interactuar con el género. Si queremos entender la división doméstica del trabajo, el género no puede presentarse únicamente como un tercer enfoque, o como un factor residual, como ha sido a menudo el caso en la literatura. Tenemos que reconocer que las variables que nos ayudan a explicar la división del trabajo incorporan ya el género.

### **Una comprensión restrictiva del género**

Otra razón que facilita la presentación del género como un factor separado reside en la propia naturaleza de los enfoques que se reúnen bajo la etiqueta "género". A pesar de la pluralidad de enfoques sobre el género, los análisis contemporáneos sobre el trabajo doméstico se han centrado a menudo en dos dimensiones: el *hacer género* y las actitudes y valores de género. Como ya se ha mencionado, la publicación del artículo sobre el "doing gender" (West & Zimmerman, 1987) fue un momento pionero en el análisis del género como categoría social, y las autoras demostraron con éxito que la perspectiva interaccionista era una vía fructífera para estudiar el género en los procesos sociales. Existe una rica literatura que aplica esta perspectiva al género y la sociedad, y en particular al estudio del trabajo doméstico, que ha sido crucial para nuestra comprensión de cómo funciona este proceso en la vida cotidiana. Sin embargo, la perspectiva de "hacer género" también tiene algunas deficiencias, que han sido señaladas por otros investigadores: dado que siempre estamos haciendo género y que todas las interacciones sociales son responsables en términos de género, ¿es siquiera posible deshacer el género? Alternativamente ¿deshacer el género significa hacer género, pero de otra manera? La posibilidad de cambio es relativamente difícil de explicar en este sentido. La perspectiva de género se centra en las interacciones, pero puede ocultar las relaciones de poder que están arraigadas en esas interacciones (Davis y Greenstein, 2013, 2020). Otra crítica importante procede de enfoques más macro, ya que la perspectiva de género no tiene en cuenta explícitamente el papel del nivel macro (por ejemplo, las políticas y las leyes). El marco de análisis interaccionista se basa principalmente en métodos cualitativos, al igual que las perspectivas económicas sobre el trabajo doméstico se basan en métodos cuantitativos. Esta

elección metodológica tiene mucho sentido con la teoría y los supuestos epistemológicos del interaccionismo social, pero también contribuye a la separación de este factor de los otros dos en la investigación empírica.

El género también se ha analizado en la literatura sobre el trabajo doméstico -y la familia en general- en términos de valores o actitudes de género. Este enfoque se basa en la idea de que es probable que los valores y las actitudes influyan en el comportamiento porque los individuos buscarán la coherencia entre sus valores y su comportamiento. La relación entre valores y comportamiento es, por supuesto, mucho más compleja, como ilustran fenómenos como la disonancia cognitiva, pero existe un acuerdo general en que los valores y actitudes de género son al menos una aproximación o un indicador que merece la pena explorar. Los valores y actitudes de género pueden operacionalizarse como variables cuantitativas y, por tanto, controlarse en estudios cuantitativos y comprobarse junto con los recursos económicos y la disponibilidad de tiempo. Sin embargo, los resultados empíricos de los valores y actitudes de género no son muy alentadores, ya que a menudo no arrojan resultados significativos (Crompton et al., 2005). La razón de esta falta de resultados es doble. En primer lugar, es posible que los valores de género no influyan en el comportamiento de la forma esperada, o que otros factores, como las limitaciones materiales o las condiciones laborales, tengan efectos más fuertes y anulen los valores (Deutsch y Saxon, 1998; Usdansky, 2011). Otra posible razón de la falta de resultados significativos es que las medidas disponibles para cuantificar los valores y actitudes de género podrían no ser precisas, ya que tienden a ser unidimensionales (Grunow et al., 2018) y podrían estar influidas por la deseabilidad social. En cualquier caso, el hecho de que las actitudes sobre el género no parezcan ser fuertes predictores de la división del trabajo doméstico parece contraintuitivo y apunta de nuevo a la compleja articulación entre ideas y comportamiento, y al papel mediador de otras estructuras sociales. El uso de las actitudes como única dimensión de género también ignora que el nivel macro y las interacciones sociales han demostrado tener un impacto en la división del trabajo en la literatura.

Estudios anteriores también han tenido en cuenta el papel del género a nivel institucional, sobre todo al adoptar un enfoque comparativo para comprender las diferencias en la división doméstica del trabajo entre países (Anxo et al., 2017; Fuwa, 2004; Noonan, 2013; Treas & Lui, 2013). Estos estudios comparativos incluyen en los análisis indicadores de igualdad de género en los países de interés y constatan que estas variables tienen cierto impacto en la división, aunque la desigualdad persiste en todas partes. Los estudios sobre la familia también señalan la necesidad de conectar el comportamiento individual y los procesos de pareja con las instituciones sociales (Ferree, 2010; Maurer & Pleck, 2006).

En conclusión, los puntos críticos avanzados en esta sección muestran que los tres enfoques principales que a menudo se presentan por separado necesitan tener en cuenta dimensiones de género indiferenciadas. Cuando se tienen en cuenta las dimensiones de género de los recursos económicos y la disponibilidad de tiempo, se ponen de manifiesto las interrelaciones entre los enfoques y se cuestiona su independencia analítica. Dado que los recursos económicos y la disponibilidad de tiempo están condicionados por el género, propongo que la división del trabajo se analice utilizando un marco teórico que ponga el género en el centro, pero en el que el género se defina de forma más amplia. Este marco debería permitir la inclusión de factores económicos, temporales y contextuales, entre otros. También debería permitir a los estudiosos de la familia establecer mejor las conexiones entre las distintas esferas o instituciones. Podríamos llamar a este tipo de enfoque "integrador" porque tendría como objetivo integrar

todos los factores bajo el mismo marco teórico, y no como tres analíticamente diferentes. También sería integrador en lo que respecta a la conceptualización del género, ya que debería permitirnos tener en cuenta sus diferentes dimensiones y el poder que ejerce sobre ellas, y servir de estrategia orientadora para futuras investigaciones. El análisis de género de Barbara Risman podría proporcionar un marco de este tipo, y en las siguientes secciones esbozaré brevemente esta perspectiva. El propósito de estas secciones es ilustrar cómo un enfoque integrador podría ayudarnos a avanzar en la investigación y proporcionar una explicación más realista de la división del trabajo doméstico, utilizando el enfoque de Risman como ejemplo destacado, pero no implica que el de Risman sea el único enfoque teórico que podría hacerlo.

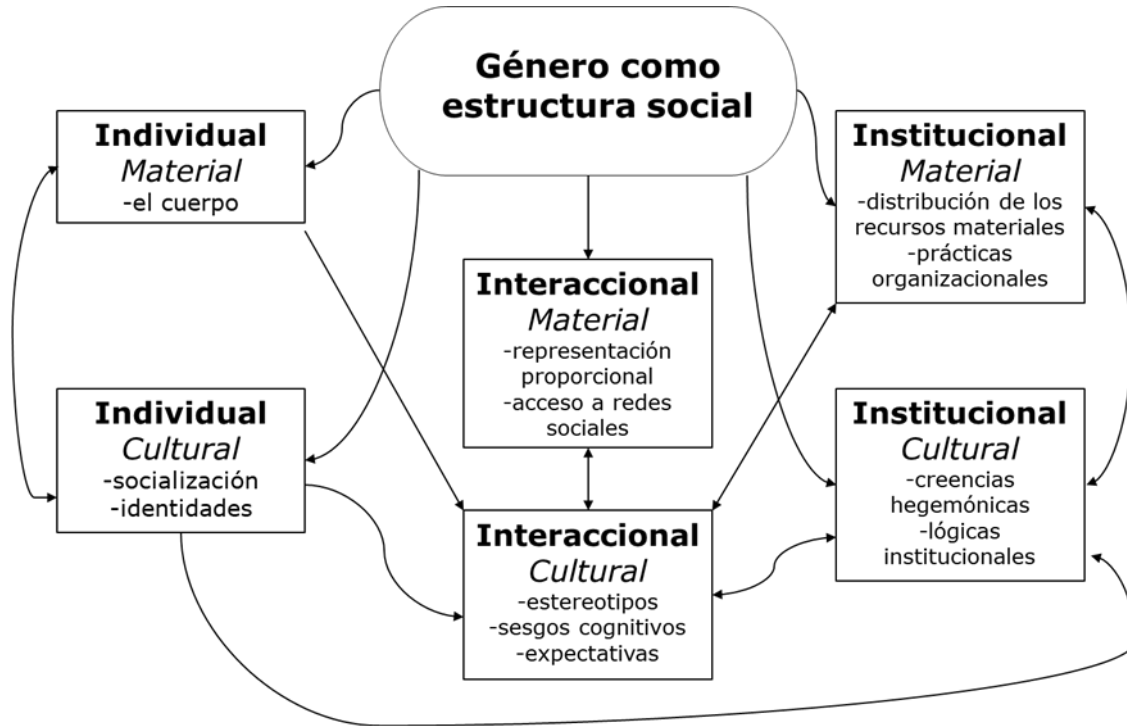
## **UN ENFOQUE ESTRUCTURAL DEL GÉNERO Y LA DIVISIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO**

Diferentes tradiciones han intentado analizar el género como categoría social. Los primeros análisis se centraron más en el cuerpo y el cerebro, integrando posteriormente las dimensiones psicológicas y la importancia de la socialización. La idea de los "roles sexuales" se desarrolló en la psicología y se convirtió en el paradigma dominante durante la década de 1970, pero fue criticada por los estudiosos del género porque asumía la estabilidad de los comportamientos a lo largo de la vida, ponía excesivo énfasis en la primera infancia -el momento en que se aprenden estos roles-, y también porque no daba cuenta de las desigualdades y las relaciones de poder. Durante la década de 1980, se desarrollaron en paralelo dos tradiciones diferentes: el enfoque interaccionista representado por "doing gender" (West & Zimmerman, 1987), y el enfoque estructural (Kanter, 1977). Las desigualdades de género son centrales para ambas tradiciones, aunque se explican en términos diferentes: como consecuencia de factores estructurales o como normas y comportamientos reproducidos a través de las interacciones sociales. Según Risman, en la actualidad el paradigma dominante considera el género como un sistema de estratificación socialmente construido que existe más allá de las características individuales y varía a lo largo de otros ejes de desigualdad.

En línea con esta definición del género como central para la estratificación social, Lorber (1994) afirma que el género es una institución que está incrustada en todos los procesos sociales de la vida cotidiana y las organizaciones sociales, como la clase social. Risman (2018) señala que las instituciones sociales son difíciles de definir y aboga por definir el género como una estructura social y no como una institución. Aunque el término "estructura" también es difícil de definir, la ventaja, según ella, es que lleva el género al mismo plano analítico que la economía o la política. La definición de estructura social de Risman es similar a la de Durkheim: una estructura social es externa a los individuos, pero de alguna manera explica la acción humana porque las estructuras imponen restricciones y normas que los individuos interiorizan y que forman parte de su vida cotidiana. Las estructuras sociales no impiden la acción individual, pero la capacidad de elección del individuo está condicionada por dichas estructuras. Sin embargo, Risman subraya que las acciones individuales también influyen en la estructura y pueden crear cambios dentro de ella, en una relación reflexiva. La estructura social es una construcción social, pero también produce individuos; es a la vez posibilitadora y limitadora.

La estructura de género podría definirse entonces como un sistema de estratificación que existe en tres niveles diferentes de análisis: el nivel individual (nivel 1), en las interacciones sociales (nivel 2) y el nivel macro (nivel 3). En los tres niveles, la estructura de género tiene aspectos

tanto materiales como culturales. Los elementos materiales incluyen "los cuerpos y las normas jurídicas que distribuyen las recompensas y las limitaciones físicas en un momento dado". Los elementos culturales se refieren a "procesos ideológicos, significados otorgados a los cuerpos y normas de interacción social e ideologías ampliamente compartidas" (Risman, 2018, p. 31). El gráfico 1 resume la estructura, sus dimensiones y niveles.



**Gráfico 1 El género como estructura social: Tres niveles y dos dimensiones (Risman, 2018, 31)**

1. En el nivel individual, la estructura de género determina la definición de la autopercepción de género, basados en una realidad material, el género hecho cuerpo. Debido a que nacen con cuerpos específicos, las mujeres y los hombres se socializan de diferentes maneras e interiorizan las definiciones sociales de feminidad y masculinidad. Las categorías de género pasan a formar parte de la definición que los individuos tienen de sí mismos. Podemos imaginar que muchas actitudes, ideas e incluso capacidades relacionadas con el trabajo doméstico están arraigadas a este nivel. Es posible que las niñas aprendan pronto que se espera más de ellas que de los niños que sean limpias y ordenadas y, en consecuencia, valoren estos resultados en su vida cotidiana. Tanto los niños como las niñas observan divisiones del trabajo asociadas a identidades de género específicas.

2. El nivel interaccional de la estructura de género implica que hombres y mujeres se enfrentan a expectativas culturales diferentes y producen y reproducen el género en sus interacciones con los demás. A menudo se encuentran en posiciones diferentes y su representación en entornos sociales específicos es desigual (aspecto material). Este nivel ha sido explorado por el interaccionismo social y el enfoque de *hacer género* y, por tanto, está bastante presente en la literatura sobre el trabajo doméstico. El enfoque interaccionista ha descrito estrategias de género (Hochschild & Machung, 1989) y diferentes procesos que perpetúan la

división desigual del trabajo, pero también ha mostrado que algunos procesos permiten deshacer el género, por ejemplo, en lo relativo a la comunicación (Wiesmann et al., 2008) o a los estándares de limpieza (Domínguez-Folgueras et al., 2018).

3. Por último, la estructura de género también está presente en el nivel macro, que incluye la ideología (un aspecto cultural), pero también las normas legales, o las reglas de organización formal, como las empresas, que Risman caracteriza como aspectos materiales de la estructura en este nivel. El nivel macro está presente en la bibliografía sobre el trabajo doméstico, pero sigue estando poco estudiado. La mayoría de las veces se tiene en cuenta cuando se habla de lugares de trabajo (Pailhé y Solaz, 2009) o de políticas de empleo y familia, como un factor externo que estructura o limita las decisiones. Cuando el trabajo doméstico se analiza comparativamente (Anxo et al., 2017; Noonan, 2013; Treas & Lui, 2013), los factores institucionales, así como los modelos familiares, se utilizan para desentrañar las diferencias entre países.

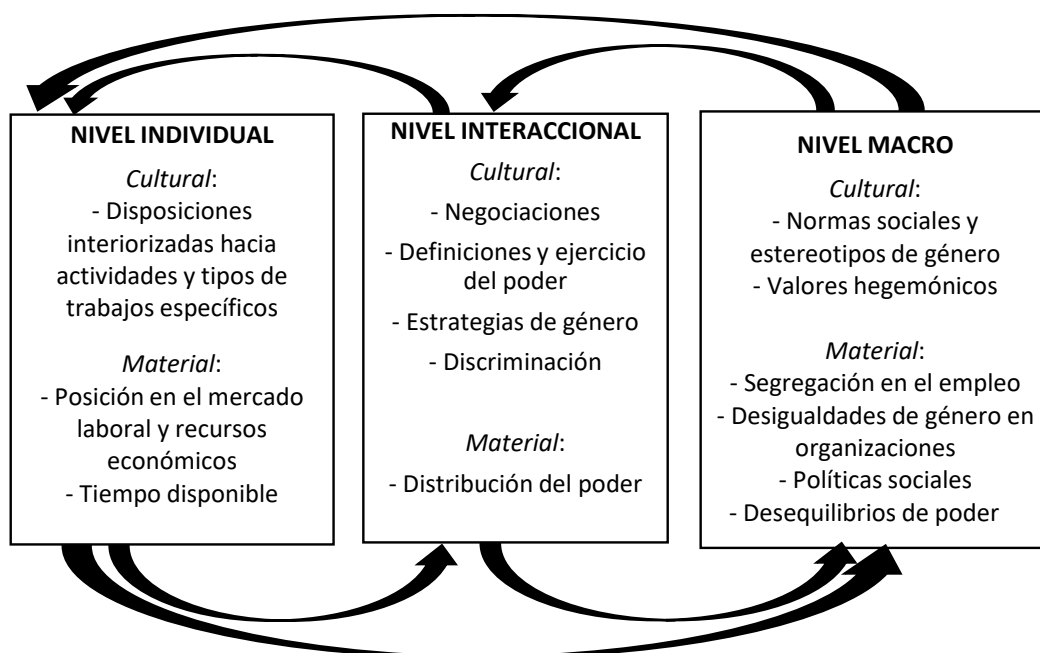
### **Integración de los enfoques existentes en el marco del género como estructura social**

Hacer género, los valores de género o los roles de género son factores que se integran claramente en la estructura de género. Por definición, la práctica del género tiene lugar a nivel interaccional, está presente en las negociaciones y a través del despliegue de estrategias de género (nivel 2 de la estructura). Supone la existencia de normas, estereotipos y expectativas de género a nivel institucional ("normas y estereotipos de género", nivel 3 de la estructura) que los individuos interiorizan ("disposiciones interiorizadas", nivel 1). Pero ¿cómo encajan en la estructura de género los otros enfoques que se aplican tradicionalmente en la bibliografía, los recursos económicos o la dependencia, y la disponibilidad de tiempo? Creo que sería un error intentar encajar estos factores en un único nivel. Tanto los recursos económicos como el tiempo están presentes en los tres niveles de la estructura social. Examinaré ambos factores por separado, aunque mi exposición mostrará que el tiempo y los recursos económicos están imbricados. Utilizaré la terminología de cada enfoque para ilustrar cómo pueden incluirse en el marco del género como estructura social (GES), aunque ello implique apartarse de algunos de los términos empleados por Risman.

En cuanto a la disponibilidad de tiempo, la socialización de género comprende diferentes inclinaciones hacia otras personas y actividades específicas: se espera que las mujeres cuiden de los demás más que los hombres, y se supone que los hombres dedican más tiempo al trabajo remunerado, pero también se les permite guardar algo de tiempo para sí mismos y relajarse. Los hombres y las mujeres han interiorizado estas disposiciones ("disposiciones interiorizadas", nivel 1), que derivan de normas sociales (nivel 3), y estas disposiciones están asociadas a diferentes patrones de uso del tiempo que influyen en la disponibilidad de tiempo ("disponibilidad de tiempo", nivel 1). Los patrones de uso del tiempo forman parte de las negociaciones de las parejas y pueden evolucionar como consecuencia de las negociaciones dentro de las parejas o entre empresarios y trabajadores ("negociaciones", nivel 2). En estas negociaciones, los individuos utilizan diferentes estilos de comunicación y estrategias de género, y pueden utilizar el poder de forma más directa o indirecta ("definiciones y ejercicio del poder", "estrategias de género" y "comunicación", nivel 2). Las interacciones también se ven influidas por el nivel macro de la estructura social. Los empresarios pueden discriminar a las mujeres ("discriminación", nivel 2), o ser más proclives a conceder jornadas parciales o reducidas a las madres que a los padres debido a las normas y estereotipos sociales existentes ("normas

sociales", nivel 3), o las parejas pueden esperar que la mujer se quede en casa con el bebé debido a las políticas sociales existentes, como los permisos parentales ("políticas sociales", nivel 3).

En cuanto a los recursos económicos, participar en un trabajo remunerado y mantener a la familia son elementos cruciales de las identidades masculinas hegemónicas (Connell, 1995), mientras que se espera que las mujeres estén más dispuestas a realizar tareas de cuidados y tengan una identidad profesional más débil, especialmente después de ser madres. Esto hace que hombres y mujeres ocupen posiciones diferentes en el mercado laboral y tengan distinto acceso a los recursos económicos ("posición en el mercado laboral", nivel 1) y, a nivel agregado, se traduce en segregación ("segregación", nivel 3). El hecho de que los hombres tiendan a tener mayores recursos económicos y que esto les confiera poder en las negociaciones de pareja es una característica del segundo nivel de la estructura. El poder está desigualmente repartido, pero también se percibe de forma diferente en función del sexo ("definiciones y ejercicio del poder", nivel 2). Por otra parte, la lógica que valora los recursos económicos como centrales en las negociaciones familiares es inherente a las economías capitalistas, pero también a la masculinidad hegemónica, que puede considerarse como valores hegemónicos y como elementos culturales del nivel macro ("creencias hegemónicas", nivel 3). En este nivel, las mujeres tienen menos recursos que los hombres porque ocupan posiciones diferentes en el mercado laboral y porque las organizaciones -sus normas y procesos- están condicionadas por el género ("organizaciones condicionadas por el género", nivel 3), como se ha descrito anteriormente. Los recursos económicos podrían medirse de diferentes maneras, a nivel individual y del hogar, como sugieren Geist y Ruppanner (2018).



**Gráfico 2. La estructura de género de la división del trabajo doméstico y de cuidados**

Ciertamente, existe una relación negativa entre el tiempo disponible y los ingresos, y esta relación se hace más clara cuando se sitúa dentro de la estructura de género, donde podemos ver que algunos factores que explican la disponibilidad de tiempo de las mujeres -o la escasez



de tiempo de los hombres- son también factores importantes para entender los salarios más bajos de las mujeres. Asumir más trabajo doméstico y de cuidados es tanto resultado como consecuencia de la disponibilidad de tiempo y los menores recursos de las mujeres, pero también es inseparable de otros factores, como las normas vigentes sobre maternidad y paternidad, las políticas, los roles interiorizados, los comportamientos de género y otros elementos de la estructura de género. Los desequilibrios de poder y las normas culturales que confieren poder a uno de los miembros de la pareja también pueden situarse dentro de la estructura ("desequilibrios de poder" y "valores hegemónicos", nivel 3).

En este marco, la disponibilidad de tiempo y los recursos económicos pierden parte de su centralidad a la hora de explicar el trabajo doméstico y de cuidados y pasan a formar parte de un conjunto de factores interdependientes e integrados. La figura 2 muestra cómo encajarían los principales factores explicativos de los tres enfoques en el marco de la GES.

### **Avanzar en la investigación**

El enfoque de Barbara Risman se presenta aquí como un ejemplo -que considero prometedor- que permite a los estudiosos de la familia superar las críticas formuladas en la primera parte de este artículo y unificar los enfoques existentes sobre la división del trabajo doméstico incorporando su interdependencia analítica y la centralidad del género. Utilizar el GES como marco para analizar la división del trabajo doméstico y de cuidados haría más compleja nuestra teorización porque implica reconocer que la explicación es polifacética y se basa en mecanismos y factores intrínsecamente interrelacionados. Sitúa el género en el centro de la explicación sin reducirlo a un único enfoque o perspectiva, al tiempo que nos permite considerar los demás factores que las investigaciones anteriores han demostrado que son significativos. Dado que esos factores explican relativamente poco de la división, ampliar el enfoque parece una estrategia pragmática.

En términos prácticos, la adopción de la GES como estructura orientativa implicaría cambios en la agenda de los investigadores familiares que trabajan sobre el trabajo doméstico. Reconocer la interdependencia de los distintos factores en el marco de la GES modificará la forma de investigar sobre el trabajo doméstico y las familias, abriendo nuevos interrogantes y exigiendo enfoques metodológicos y multidisciplinarios más variados. Un aspecto clave sería desarrollar análisis sobre las interdependencias entre los distintos factores, lo que también implicará un diálogo más profundo entre los métodos cuantitativos y cualitativos, así como entre los distintos niveles de la estructura. Hasta la fecha, los análisis cuantitativos se han centrado en probar variables que intentan medir los recursos económicos, disponibilidad de tiempo, o los valores de género, mientras que los estudios cualitativos han analizado más las interacciones de las parejas y la reproducción de los comportamientos de género. En este artículo, he tratado de subrayar que las interrelaciones entre estos factores siguen estando poco exploradas y pasan a ser centrales dentro de un marco integrador. ¿Tiene la disponibilidad de tiempo el mismo efecto cuando las mujeres tienen más recursos económicos que los hombres? ¿Cambian las normas de limpieza cuando cambian los recursos o el tiempo de las parejas? ¿Cómo interactúan los principios de equidad con las limitaciones materiales? ¿Es el trabajo igualmente central en las negociaciones de las parejas según el sector profesional y el nivel de segregación? Es necesario seguir investigando cómo interactúan estos factores entre sí.

En particular, los procesos intra-pareja (nivel 2) también interactúan con factores socioeconómicos e individuales. La investigación en ciencias de la familia ha demostrado que los estilos de comunicación son cruciales para comprender las divisiones domésticas del trabajo (Carlson et al., 2020; Wiesmann et al., 2008), y que esto está relacionado con las percepciones de justicia y la satisfacción de la relación (Bodi et al., 2010), pudiendo incluso influir en las intenciones de divorcio (Frisco y Williams, 2003). Estos factores intra-pareja pueden estar relacionados con la estructura socioeconómica. Por ejemplo, la división del trabajo puede tener diferentes efectos en la satisfacción de las parejas en función de su estatus socioeconómico (Miller y Carlson, 2015). Las explicaciones de la división del trabajo a menudo se han desconectado de las consecuencias de la división, pero parece razonable analizar su incrustación, dado que algunos factores intervinientes (normas, expectativas y estrategias de comunicación) son similares.

Por último, este marco también puede ayudarnos a abordar algunas cuestiones pendientes en relación con el trabajo doméstico. En su revisión de la literatura, Perry-Jenkins y Gerstel (2020) concluyen que hay tres direcciones importantes para la investigación futura sobre el trabajo no remunerado: tener en cuenta la interseccionalidad, el trabajo de los padres y la investigación del trabajo de parientes. Utilizar el GES como estrategia de orientación podría ser útil para desarrollar la investigación en estas nuevas direcciones.

En cuanto a la interseccionalidad, las investigaciones existentes han descrito diferencias en la división del trabajo en función de la raza y la orientación sexual, pero las explicaciones siguen abiertas: podrían tener su origen en desigualdades económicas, en creencias y normas sociales o en otros factores. Pensar en estos factores en el marco del GES nos permitiría combinar los distintos factores, así como las relaciones entre ellos. Por ejemplo, ¿se comportan los empresarios de forma diferente con las madres trabajadoras en función del origen racial de las trabajadoras? Y si es así, ¿cómo influye esto en las negociaciones de los trabajadores dentro del hogar? ¿Es el poder de negociación igual de importante para las parejas que sufren discriminación racial? Dado que el género, la clase y la raza están integrados, este marco permite una mejor integración de la interseccionalidad en la investigación sobre la división del trabajo doméstico.

Una segunda advertencia importante en la bibliografía es la relación entre el trabajo doméstico y el trabajo parental. El trabajo doméstico y el de cuidados suelen analizarse juntos, aunque la bibliografía reconoce que no siempre son directamente comparables, sino que están entrelazados. Se supone que la mayor parte del trabajo doméstico es aburrido, mientras que muchas actividades de cuidado de niños son agradables, y los padres también pueden querer hacerlas juntos, o incluso dar prioridad al trabajo de cuidados, lo que no es necesariamente el caso del trabajo doméstico. Tanto el cuidado de los niños como el trabajo doméstico están condicionados por el género, aunque los hombres han aumentado su inversión en el cuidado de los niños mucho más que en el trabajo doméstico. Por tanto, ambos tipos de actividades son diferentes, pero están interrelacionadas y pueden analizarse desde una perspectiva de género. Utilizar el marco del GES para investigar ambas simultáneamente podría aportar nuevos conocimientos sobre las similitudes y diferencias entre ellas, sin asumir que la división de ambos tipos de actividades sigue las mismas lógicas. Por ejemplo, las normas sociales sobre la maternidad podrían empujar a las mujeres a priorizar los cuidados y realizar menos trabajo remunerado, lo que a su vez podría aumentar el tiempo que las madres dedican al trabajo doméstico. Estos mecanismos no resultan evidentes si analizamos el trabajo doméstico y el de

cuidados por separado o si nos limitamos a sumarlos. Una perspectiva de género integradora puede proporcionar un marco para analizarlos como interdependientes.

El tercer tema destacado por Perry-Jenkins y Gerstel es el papel del trabajo de parientes en la división del trabajo doméstico. La investigación sobre el trabajo doméstico suele centrarse en las parejas, pero investigar el papel del trabajo de parientes significa ampliar el ámbito para incluir a otros miembros de la familia y parientes y, por tanto, pasando de la pareja a la familia extensa. También es probable que el papel de los familiares varíe en función del entorno socioeconómico y el contexto, y sin duda también está condicionado por el género, ya que los miembros femeninos y masculinos de la familia pueden participar en distinta medida y en distintas actividades. La ampliación del ámbito para incluir a otras personas que puedan realizar el trabajo doméstico también está relacionada con la externalización del trabajo doméstico, que también tiene una dimensión interseccional (De Ruijter & Van der Lippe, 2007). Descentrar la pareja también puede permitir una mejor comprensión de los hogares multigeneracionales y las familias mixtas, una deficiencia de los enfoques existentes, como subrayan Geist y Ruppner (2018). El marco del GES podría utilizarse aquí para iluminar el papel de las normas y expectativas sociales con respecto a los diferentes miembros de la familia, cómo interactúan con la situación laboral de las parejas y el papel que desempeñan en las negociaciones y divisiones del tiempo de las parejas.

## **CONCLUSIÓN**

Los estudiosos de la familia han utilizado diferentes enfoques teóricos para analizar la división del trabajo doméstico. Los tres principales son el intercambio económico, la disponibilidad de tiempo y el género. En este artículo, he argumentado que estos enfoques no son analíticamente independientes y he abogado por un enfoque unificado que tenga el género como categoría central. La concepción de Barbara Risman del género como estructura social es un marco prometedor para lograrlo, ya que puede acomodar los factores identificados por los enfoques existentes y, al mismo tiempo, permitir la consideración de factores adicionales y sus interacciones. El marco GES es en sí mismo un ejemplo de "análisis dinámico de género" (Ferree, 2010), que trata las diferentes instituciones implicadas en la división doméstica del trabajo como lugares interconectados.

Los investigadores de la familia han formulado críticas constructivas a la literatura sobre la división del trabajo doméstico (Ferree, 2010; Geist y Ruppner, 2018; Perry-Jenkins y Gerstel, 2020). Estos trabajos críticos llaman a ampliar la gama de factores bajo consideración, a prestar más atención a la interseccionalidad, así como a analizar la interacción del trabajo remunerado, el trabajo doméstico y el trabajo parental. En este artículo se ha argumentado que un enfoque integrador basado en el género puede ayudarnos a hacer avanzar la investigación sobre el trabajo doméstico en estas direcciones. Una ventaja fundamental del marco de GES es que proporciona un esquema conceptual para enmarcar los diferentes factores y sus interacciones. Este enfoque también puede facilitar el diálogo con otros campos de estudio que están interrelacionados con la división doméstica del trabajo, por ejemplo, las desigualdades de género en el mercado laboral, pero también con los que analizan los procesos familiares, la comunicación dentro de las familias o los conflictos de pareja.

Por supuesto, este enfoque también tiene limitaciones. La complejidad de la estructura de género, con tres niveles diferentes y dos dimensiones (material y cultural), junto con sus

interrelaciones, constituye un marco menos parsimonioso que los enfoques existentes. Esta complejidad podría dar lugar a problemas de identificación, teórica y empíricamente: atribuir una variable o factor a un nivel o dimensión específicos puede ser problemático. Estos problemas potenciales podrían mitigarse mediante la elección de estrategias de investigación. Dada la complejidad de la estructura, parece poco realista que la mayoría de las investigaciones sobre el trabajo doméstico aborden todos los niveles y todos los aspectos de sus interrelaciones al mismo tiempo. Esto podría significar que necesitamos modificar la agenda de investigación y pasar de un enfoque "omnicomprensivo" a muchos análisis más detallados, integrados posteriormente por revisiones periódicas de la literatura, y por una investigación más colaborativa y multidisciplinar. Como fenómeno social, la división del trabajo en función del género ha demostrado ser resistente al cambio y extremadamente compleja, y la cantidad y el rigor de los conocimientos que los estudiosos han producido al respecto nos permitirían dar un paso más en la explicación del mismo.

### **CONFLICTO DE INTERESES**

La autora no tiene ningún conflicto de intereses que declarar.

ORCI : Marta Dominguez-Folgueras <https://orcid.org/0000-0003-2071-699X>

### **NOTA**

1 En la bibliografía, los recursos económicos se han equiparado a los ingresos o la renta, por lo que utilizaré los tres términos indistintamente en este artículo.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Aassve, A., Fuochi, G., & Mencarini, L. (2014). Desperate housework, relative resources, time availability, economic dependency, and gender ideology across Europe. *Journal of Family Issues*, 35(8), 1000–1022.
- Acker, J. (1990). Hierarchies, jobs, bodies: A theory of gendered organizations. *Gender & Society*, 4(2), 139–158.
- Aguiar, M., Hurst, E., & Karabarbounis, L. (2013). Time use during the great recession. *American Economic Review*, 103(5), 1664–1696.
- Allen, S. M., & Hawkins, A. J. (1999). Maternal gatekeeping, mothers' beliefs and behaviors that inhibit greater father involvement in family work. *Journal of Marriage and Family*, 61(1), 199–212.
- Altintas, E., & Sullivan, O. (2017). Fifty years of change updated: Cross-national gender convergence in housework. *Demographic Research*, 35(16), 455–470.
- Anxo, D., Baird, M., & Erhel, C. (2017). Work and care regimes and women's employment outcomes: Australia, France and Sweden compared. In D. Grimshaw, C. Fagan, G. Hebson, & I. Tabora (Eds.), *Making work equal* (pp. 309–329). Manchester.
- Becker, G. (1981). *Treatise on the family*. Harvard University Press.
- Beham, B., Drobnic, S., Präg, P., Baierl, A., & Eckner, J. (2019). Part-time work and gender inequality in Europe: A comparative analysis of satisfaction with work-life balance. *European Societies*, 21(3), 378–402.
- Bianchi, S. M., Milkie, M. A., Sayer, L. C., & Robinson, J. P. (2000). Is anyone doing the housework? Trends in the gender division of household labor. *Social Forces*, 79(1), 191–228.
- Blair, S. L. (2013). The division of household labor. In G. W. Peterson & K. R. Bush (Eds.), *Handbook of marriage and the family* (pp. 613–635). Springer.

- Blau, F., & Kahn, L. M. (2017). The gender wage gap, extent, trends, and explanations. *Journal of Economic Literature*, 55(3), 789–865.
- Bodi, O., Mikula, G., & Riederer, B. (2010). Long-term effects between perceived justice in the division of domestic work and women's relationship satisfaction. *Social Psychology*, 41(2), 57–65.
- Brines, J. (1994). Economic dependency, gender, and the division of labor at home. *American Journal of Sociology*, 100(3), 652–688.
- Brofenbrenner, U., & Crouter, A. C. (1982). Work and family through time and space. In S. B. Kammerman & C. D. Hayes (Eds.), *Families that work, children in a changing world*. Commission on Behavioral and Social Sciences and Education, National Research Council.
- Caplan, L. J., & Schooler, C. (2006). Household work complexity, intellectual functioning, and self-esteem in men and women. *Journal of Marriage and the Family*, 68, 883–900.
- Carlson, D., Miller, A., & Rudd, S. (2020). Division of housework, communication, and couples' relationship satisfaction. *Socius*, 6, 1–17.
- Charles, M., & Grusky, D. (2005). *Occupational ghettos: The worldwide segregation of women and men*. Stanford University Press.
- Coltrane, S. (2000). Research on household labor, modelling and measuring the social embeddedness of routine family work. *Journal of Marriage and the Family*, 62(4), 1208–1033.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Polity Press.
- Connelly, R., & Kimmel, J. (2015). If you are happy and you know it: How mothers and fathers in the US really feel about caring for their children. *Feminist Economics*, 21(1), 1–34.
- Cooke, L. P., & Hook, J. (2018). Productivity or gender? The impact of domestic tasks across the wage distribution. *Journal of Marriage and Family*, 80(3), 721–736.
- Crompton, R., Brockman, M., & Lyonette, C. (2005). Attitudes, women's employment and the domestic division of labor: A cross-national analysis in two waves. *Work, Employment, and Society*, 19(2), 213–233.
- Davis, S., & Greenstein, T. (2013). Why study housework? Cleaning as a window into power in couples. *Journal of Family Theory and Review*, 5(2), 63–71.
- Davis, S., & Greenstein, T. (2020). *Why who cleans counts*. Policy Press.
- Davis, S., & Wills, J. B. (2014). Theoretical explanations amid social change: A content analysis of housework research (1975–2012). *Journal of Family Issues*, 35(6), 808–824.
- De Ruijter, E., & Van der Lippe, T. (2007). Effects of job features on domestic outsourcing as a strategy for combining paid and domestic work. *Work and Occupations*, 34, 205–230.
- Delphy, C. (1988). *L'ennemi principale*. Syllepse.
- Deutsch, F. (1999). *Halving it all: How equally shared parenting works*. Harvard University Press.
- Deutsch, F., & Saxon, S. (1998). Traditional ideologies, nontraditional lives. *Sex Roles*, 38(5), 331–362.
- Dominguez-Folgueras, M., Jurado-Guerrero, T., & Botia-Morillas, C. (2018). Against the odds? Keeping a non-traditional division of domestic work after first parenthood in Spain. *Journal of Family Issues*, 39(7), 1855–1879.
- Duru-Bellat, M. (2004). *L'école des filles: Quelle formation pour quels rôles sociaux?*. L'Harmattan.
- Ferree, M. M. (2010). Filling the glass: Gender perspectives on families. *Journal of Marriage and Family*, 72(3), 420–439.
- Frisco, M.L., & Williams, K. (2003). Perceived housework equity, marital happiness, and divorce in dual-earner households. *Journal of Family Issues*, 24, 51–73.
- Fuwa, M. (2004). Macro-level gender inequality and the division of household labor in 22 countries. *American Sociological Review*, 69(6), 751–767.

- Geist, C., & Ruppner, L. (2018). Mission impossible? New housework theories for changing families. *Journal of Family Theory and Review*, 10(1), 242–262.
- Gershuny, J. (2000). *Changing times: Work and leisure in postindustrial society*. Oxford University Press.
- Greenstein, T. N. (2000). Economic dependence, gender, and the division of labor in the home: A replication and extension. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 322–335.
- Grimshaw, D. & Rubery, J. (2015). The motherhood pay gap: A review of the issues, theory, and international evidence. *Conditions of Work and Employment Series*. n. 157, International Labor Organization.
- Grunow, D., Begall, K., & Buchler, S. (2018). Gender ideologies in Europe: A multidimensional framework. *Journal of Marriage and Family*, 80(1), 42–60.
- Gupta, S. (2006). Her money, her time: Women's earnings and their housework hours. *Social Science Research*, 35, 975–999.
- Gupta, S. (2007). Autonomy, dependence, or display? The relationship between married women's earnings and housework. *Journal of Marriage and Family*, 69, 399–417.
- Hallberg, D., & Klevmar, A. (2003). Time for children: A study of parents' time allocation. *Journal of Population Economics*, 16(2), 205–226.
- Hochschild, A., & Machung, A. (1989). *The second shift*. Avon Books.
- International Labor Organization. (2011). *Equality at work: The continuing challenge*. International Labor Organization.
- Ishii-Kuntz, M., & Coltrane, S. (1992). Predicting the sharing of household labor: Are parenting and housework distinct? *Sociological Perspectives*, 35(4), 629–647.
- Kaaber, N., Razavi, S., & van der Meulen Rodgers, Y. (2021). Feminist economic perspectives on the COVID-19 pandemic. *Feminist Economics*, 27(1–2), 1–29.
- Kalmijn, M. (2011). The influence of men's income and employment on marriage and cohabitation: Testing Oppenheimer's theory in Europe. *European Journal of Population*, 27(3), 269–293.
- Kanter, R. (1977). *Men and women of the corporation*. Harper and Row.
- Keene, J. R., & Quadagno, J. (2000). Predictors of perceived work-family balance: Gender difference or gender similarity? *Sociological Perspectives*, 47(1), 1–23.
- Killewald, A., & Gough, M. (2010). Money isn't everything: Wives' earnings and housework time. *Social Science Research*, 39(6), 987–1003.
- Komter, A. (1989). Hidden power in marriage. *Gender & Society*, 3(2), 187–216.
- Lachance-Grzela, M., & Bouchard, G. (2010). Why do women do the lion's share of housework? A decade of research. *Sex Roles*, 63(11), 767–780.
- Leave Network. (2021). *Country reports*. [www.leavenetwork.org/annual-review-reports/](http://www.leavenetwork.org/annual-review-reports/)
- Lorber, J. (1994). *Paradoxes of gender*. Yale University Press.
- Lück, D., & Hofäcker, D. (2003). Rejection and acceptance of the male breadwinner model. Which preferences do women have under which circumstances? *Globalife* (Working Paper No. 60).
- Lundberg, S., & Pollak, R. A. (1996). Bargaining and distribution in marriage. *Journal of Economic Perspectives*, 10(4), 139–158.
- Martins, L. L., Eddleston, K. A., & Veiga, J. F. (2002). Moderators of the relationship between work-family conflict and career satisfaction. *Academy of Management Journal*, 45(2), 399–409.
- Maurer, T. W., & Pleck, J. H. (2006). Fathers' caregiving and breadwinning: A gender congruence analysis. *Psychology of Men and Masculinity*, 7(2), 101–112.
- Miller, A. J., & Carlson, D. L. (2015). Great expectations? Working- and middle-class cohabitators' expected and actual divisions of housework. *Journal of Marriage and Family*, 78(2), 346–363.

- Misra, J., & Strader, E. (2013). Gender pay equity in advanced countries: The role of fatherhood and policies. *Journal of International Affairs*, 67(1), 27–41.
- Noonan, M. (2013). The impact of social policy on the gendered division of housework. *Journal of Family Theory and Review*, 5(2), 124–134.
- Oppenheimer, V. (1988). A theory of marriage timing, assortative mating under varying degrees of uncertainty. *American Journal of Sociology*, 94(3), 563–591.
- Pailhé, A., & Solaz, A. (2009). Entre famille et travail: Des arrangements de couple aux pratiques des employeurs. *La Découverte*.
- Pailhé, A., Solaz, A., & Souletie, A. (2019). How do women and men use extra time? Housework and childcare after the French 35-hour workweek regulation. *European Sociological Review*, 35, 807–824.
- Perry-Jenkins, M., & Gerstel, N. (2020). Work and family in the second decade of the 21st century. *Journal of Marriage and Family*, 82(1), 420–453.
- Perry-Jenkins, M., Newkirk, K., & Ghunney, A. K. (2013). Family work through time and space: An ecological perspective. *Journal of Family Theory and Review*, 5(2), 105–123.
- Risman, B. (2004). Gender as a social structure: Theory wrestling with activism. *Gender & Society*, 18(4), 429–451.
- Risman, B. (2018). Gender as a social structure. In B. Risman, et al. (Eds.), *Handbook of the sociology of gender* (pp. 19–44). Springer.
- Sayer, L. C., Bianchi, S. M., & Robinson, J. P. (2004). Are parents spending less time with children? Trends in mothers' and fathers' time with children. *American Journal of Sociology*, 110(1), 1–43.
- Schneider, D. (2011). Market earnings and household work: New tests of gender performance theory. *Journal of Marriage and Family*, 73, 845–860.
- Sevilla-Sanz, A., Giménez-Nadal, J. I., & Fernandez, C. (2010). Gender roles and the division of unpaid work in Spanish households. *Feminist Economics*, 16(4), 137–184.
- Stone, P., & Lovejoy, M. (2004). Fast-track women and the “choice” to stay home. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 596, 62–83.
- Ström, S. (2002). Unemployment and gendered divisions of domestic labor. *Acta Sociologica*, 45(2), 89–106.
- Sullivan, O. (2011). An end to the gender display through the performance of housework? A review and reassessment of the quantitative literature using insights from the qualitative literature. *Journal of Family Theory and Review*, 3, 1–13.
- Sullivan, O. (2013). What do we learn about gender by analyzing housework separately from childcare? Some considerations from time-use evidence. *Journal of Family Theory and Review*, 5(2), 72–84.
- Tichenor, V. J. (2005). *Earning more and getting less: Why successful wives can't buy equality*. Rutgers University Press.
- Treas, J., & Lui, J. (2013). Studying housework across nations. *Journal of Family Theory and Review*, 5(2), 135–149.
- Urdansky, M. (2011). The gender-equality paradox: Class and incongruity between work-family attitudes and behaviors. *Journal of Family Theory and Review*, 3(3), 163–178.
- West, C., & Zimmerman, D. (1987). Doing gender. *Gender & Society*, 1(2), 125–151.
- Wiesmann, S., Boeije, H., van Doorne-Huiskes, A., & den Dulk, L. (2008). ‘Not worth mentioning’: The implicit and explicit nature of decision-making about the division of paid and domestic work. *Community, Work, and Family*, 11(4), 341–363.